



PRIMER AÑO.

MADRID:

MIÉRCOLES 7 DE MARZO.

Con motivo de las recientes é inauditas atrocidades cometidas por Cabrera, vuelve la cuestión catalana á ser uno de los principales asuntos de que se ocupa la atención pública. El jefe carlista, arrepentido sin duda de la marcha templada y conciliadora que al parecer habia seguido en un principio, se entrega con toda la fruición de que su corazón sanguinario es capaz, á la influencia de sus antiguos hábitos, y despliega un rigor y una crueldad que iguala, si no excede, á la que ya tenia acreditada en sus anteriores campañas.

El motivo por el cual se dice asesinado el Barón de Abella y sus otros desgraciados compañeros, prueba una cosa, y es que en el país que pisan las fuerzas rebeldes existe una opinión decidida, y que no cesa de trabajar con perseverancia para extirpar á toda costa el cáncer que devora una de las mejores porciones de nuestro suelo, y consume además inútilmente parte de las fuerzas y los recursos del país.

Por mas que se diga acerca de las simpatías que la causa montemolinista goza en Cataluña; por mas que se quieran exagerar los triunfos que consigue y la habilidad con que dispone y lleva á efecto sus golpes de ataque; por mas que se pretenda que los habitantes del principado le auxilian y protegen, nosotros no lo creemos, y para ello nos asisten razones incontestables.

La causa carlista, si se mantuviera pura como nació en las montañas de Navarra, si no hubiera mezclado su sangre con una raza extraña, convirtiéndose así en un ser de naturaleza privada, indefinible y monstruosa; si causa carlista, si no hubiera sido desvirtuada y adulterada por la apostasia de la misma persona que sirve de encarnación á su símbolo; en una palabra, si la causa á que nos referimos no hubiera cambiado de doctrinas, si quiera no sea mas que en la apariencia, al cambiar de nombre, al tomar el de Montemolinista, esto es, partidario de las reformas políticas avanzadas y aliado de los republicanos, dejando el de carlista, ó sea el de absolutista puro con todo el cortejo de instituciones, ideas y preocupaciones de este anticuado sistema; si la causa carlista, repensados, se hubiera mantenido en sus primitivas condiciones y sido fiel á los elementos morales que le dieron una vida vigorosa y robusta, nosotros no dudamos que podría por segunda vez adquirir cierto carácter de gravedad, ganar prosélitos, apoyarse en el afecto de los pueblos, y presentar de nuevo en nuestro suelo la lucha de éxito seguro entre la antigua y la nueva civilización. ¿Pero son estas las circunstancias en que se encuentra hoy día ese aborto returgante y sin género conocido, cuya enseña ha levantado Cabrera en Cataluña? Los

convites de los radicales ingleses, adonde el conde de Montemolin iba á significar de una manera determinada y material la abjuración de sus autócráticos errores; los brindis que el mismo personaje pronunciaba con todo el calor y el entusiasmo de un liberal novel y atolondrado, ¿no le han hecho perder terreno alguno entre los fieles antiguos y numerosos adictos de su padre? Seria locura el negarlo, y señal de imbecilidad ó mala fe el no conocer que la liberalización del conde de Montemolin, que su alianza y la de sus tropas con los republicanos y demagogos, ha herido de muerte su causa ó inoculado al nacer un principio de disolvente gangrena.

Si, las luchas puramente dinásticas han desaparecido para no volver jamás: los reinos y los bandos desde que se han llamado naciones y partidos no se destronan, no vierten su sangre á torrentes, no se hacen una guerra de exterminio en beneficio esclusivo de una individualidad; los reinos y los bandos, desde que se han llamado naciones y partidos pelean, no solo por la persona que consideran como el símbolo de sus doctrinas y principios, sino tambien por el pensamiento que los une en un centro comun, por la concepción que se proponen realizar.

Pues bien; Cabrera, levantando y haciendo triunfar el estandarte de Montemolin liberal, de Montemolin apóstol del gobierno representativo contra la reina legitima y constitucional de España, reproduciría la época en que al parecer el individuo lo era todo, poco ó nada las ideas, resucitaría edades que han pasado, realizaria un anacronismo; y por mucho que sea el poder de Cabrera, semejante empresa es infinitamente superior á sus fuerzas, porque ni Dios mismo, cuanto mas el hombre, puede dar existencia á un fenómeno contradictorio.

Bajo este concepto se ve claramente que la guerra de Cataluña no puede tener un carácter alarmante, y que cualesquiera que sean las vicisitudes que hasta ahora haya podido ofrecer, y la mayor ó menor fortuna con que los rebeldes hayan combatido en ocasiones dadas, lleva en su seno el germen de una muerte que habrá de verificarse dentro de no muy corto plazo. Ni su nefanda unión, con la mas exagerada democracia, ni los recursos que de países extraños alcanzan á procurarse, ni las ventajas que del vértigo de que los pueblos actualmente se hallan poseídos pudiera reportar, ni las circunstancias favorables que para todo movimiento revolucionario presentan los países industriales por el sobrante de población ociosa y hambrienta que contienen, ni otra porción de causas reunidas á las que acabamos de enunciar, podrian hacer que saliese victoriosa una causa que significa lo que es contradictorio, lo que es ilógico, lo que es inconciliable, el absurdo, en fin, para decir-

lo de una vez. Cualquiera que sea el principio á cuya sombra el conde de Montemolin se cobije, su derrota tiene que ser infalible y segura. Como absolutista, es impotente; como liberal, es inútil y ademas sospechoso.

La discusión de la ley sobre la dotación del culto y clero siguió ayer sin notables incidentes. Fueron, si, dignos de consideración algunos de los discursos pronunciados, ya por la calidad de las personas que tomaron parte en el debate, ya por la entidad de las cuestiones sobre que estos versaron. El Sr. Moyano contestó al discurso que el Sr. Polo hizo en la sesión de antes de ayer, y demostró que la mayoría de la comisión habia formulado un dictamen mas conforme á las esperanzas mismas del clero, á la necesidad urgente que hay de proveer á su dotación, y á las ofertas y compromisos en que está empeñado el partido moderado. El señor Moyano, con oportunas razones y con benevolencia y agrado del congreso, defendió hábilmente el dictamen de la comisión, y pronunció un discurso que hace honor á su talento.

El Sr. Benavides obtuvo la palabra, y escusado es decir que S. S. trató la cuestión no como un proyecto de ley que versa sobre dotar á la mas respetable de todas las clases del estado, sino como diputado de la oposición, como diputado que trataba de herir y lastimar al gobierno, mas bien que de hacer triunfar una opinion ó un sistema determinado. Bien es verdad que S. S., azevado ya en esa clase de lides, sabia encubrir sagaz y diestramente sus ataques al ministerio, anteponiendo como una especie de salvidad constante la importancia de la ley que se discutía. Las tendencias, sin embargo, estaban mal disimuladas. El propósito era acusar al gabinete por el estado lamentable en que se encuentra el clero; su ánimo demostrar que el medio escogido por la ley de que se ocupa el congreso, era insuficiente y no correspondía en manera alguna á las condiciones de estabilidad y de carácter decoroso bajo las cuales ha sido formulada.

Frágiles fueron los argumentos de que echó mano S. S. para justificar aseveraciones tan contrarias al espíritu que ostensiblemente aparece en el proyecto de la mayoría de la comisión. No es cierto, como aseguraba el señor diputado, que la dotación propuesta hoy venga á ser dependiente del tesoro; precisamente para evitar los accidentes ó vicisitudes que pudieran ocurrir en esta dependencia con perjuicio del culto y de sus ministros, para evitar los graves inconvenientes que ya se han experimentado, la comisión propone, de acuerdo con el gobierno, que se establezca la imposición especial que ha de cobrar el clero mismo, y que le ha de poner al abrigo de todas las vicisitudes.

Difícil es calificar el discurso del Sr. Benavides. Hábil á veces, prolijo otras, y propenso en muchas ocasiones á escitar en el congreso una hilaridad que hace mas honor á la agudeza de su imaginación que á la gravedad de un hombre político, S. S. sin embargo ofreció ayer el ejemplo de esa contradicción de opiniones, de esa especie de anfibología que parece mas bien halagar á todas las opiniones, que fijar de una manera determinada la posición de un partido ó de una fracción. S. S. unas veces se inclinó á defen-

der el diezmo, otras á justificar la conducta de los que lo abolieron; unas veces reconocia S. S. la necesidad que nadie ha negado de dotar al culto y al clero, y el gran remedio que inventaba para ocurrir á esta urgencia era pagarlos; lo cual, si bien supo el Sr. Benavides presentarlo con cierto aire epigramático, no por eso es un rasgo de genio. Concluyó su discurso dirigiendo una especie de interpelación al señor ministro de gracia y justicia, y estimulándole para que esclareciese ciertas dudas que al parecer abrigan el Sr. Benavides sobre el modo con que el gobierno piensa realizar el arreglo de las diócesis de la nación, que ha de ser uno de las preliminares del concordato.

Después de un discurso fácil, lógico y abundante en observaciones muy oportunas del Sr. Latoja, que como individuo de la comisión tuvo que defender el dictamen, se ocupó el Sr. Arrazola de los particulares que habian sido objeto principal del discurso del Sr. Benavides. Si este habia estado sagaz en el ataque, diestro y agudo en la argumentación, no lo estuvo menos en su defensa el señor ministro de gracia y justicia. Se hizo este cargo de algunas observaciones que en su discurso de oposición hizo el Sr. Infante, relativas al desnivel con que satisfacen algunas provincias su contribucion de culto y clero con respecto á otras que, teniendo un clero mas numeroso y mejor dotado, pagan, sin embargo, menores cuotas; y demostró que la obligacion de sostener el culto y el clero es general y colectiva, y que debiendo, según la constitución, satisfacerse las cargas del estado según la proporción y los haberes respectivos de cada familia, no es constitucional, no es político ni oportuno limitar á cada provincia la cuota que para su determinado clero haya de satisfacer. Admitiendo este principio, cada canton, cada municipalidad podría reducirse al sostenimiento del clero que le fuese respectivo, y no habria motivo para exigirle mayor contribucion de culto y clero que aquella que fuese precisa para ocurrir á las necesidades de su demarcación. Este principio, que estriba en un absurdo, dejenaría en la mas deplorable decepción. El Sr. Arrazola, oportuno é ingenioso, contestó al señor Benavides con cabal acierto.

Aun mas ingenioso y correspondiendo al tono festivo con que le habia provocado el Sr. Benavides, dijo el señor ministro de gracia y justicia lo que convenia á su propósito sobre la delicada cuestion del arreglo eclesiástico. Motivos de alta conveniencia que á todos acomoda respetar hicieron al señor Arrazola no responder tan ampliamente como hubiera deseado el Sr. Benavides, ni darle todos aquellos esclarecimientos que habia solicitado en una forma mas festiva que grave. Tambien demostró el señor ministro que no se le provocaba impunemente en el terreno de la hilaridad.

El congreso declaró en seguida que el punto estaba suficientemente discutido, y acordó pasar á la discusión por artículos, que empezará mañana, si el número de enmiendas presentadas y el apoyo de ellas, deja sobra de tiempo á entrar en dicho debate.

La prensa, con especialidad la prensa de la oposición, ha comenzado ya á ocuparse estos dias con el interes natural de la conducta del gobierno español en la cuestion de Italia, ó por mejor decir, en la cuestion de Roma.

Prescindiendo de las opiniones que con este motivo se emiten en las varias cuestiones religiosas, políticas é internacionales enlazadas con la cuestion italiana, las noticias que con este motivo se emiten, asi sobre la inminencia de la expedicion española como sobre los aprestos que para ella se hacen, nos parecen cuando menos algo prematuras.

Lo que de cierto se sabe hasta ahora en el asunto, es lo que nosotros referiamos ayer haciéndonos cargo de las cartas de nuestros corresponsales de Turin y Paris; á saber: que el gabinete español tomó desde un principio la iniciativa cerca de los gabinetes de Europa para tratar de los medios de restituir al sumo pontífice en su trono; que, á pesar de la protesta del Piemonte, los demas gabinetes han tomado en consideración la propuesta; que entretanto su santidad ha pedido formalmente la intervencion de las potencias católicas; y que el Piemonte ha vuelto á protestar contra esta intervencion; y por último, que casi simultáneamente con estos dos hechos, el gobierno francés ha aceptado la idea de un congreso que deberá celebrarse en Gaeta.

Ahora bien; lo que bajo el punto de vista de las ideas moderadas, de las ideas de gobierno hay derecho para exigir en esta solemne ocasion, parecemos que el gabinete lo lleva cumplido hasta ahora.

Como cuestion católica é internacional, en el estado actual de la Europa ningun otro gobierno se hallaba en mejor posicion para tomar sobre si la responsabilidad de llamar la atención de los gabinetes acerca de la situación insostenible del sumo pontífice.

Como cuestion de diplomacia y de éxito, la adopción de su idea por el gobierno francés, adopción que supone la renocion de cuantas dificultades pudieran suscitarse en la Europa católica y no católica, muestra bien claro que el gabinete español habia calculado de antemano las probabilidades, y que no se ha engañado en este cálculo.

Así, pues, en la cuestion que podemos llamar de principio, y en la cuestion que podemos llamar de conducta, el gabinete es igualmente fuerte hasta ahora. Un congreso es lo que él ha propuesto á la Europa, y la Europa parece declararse por este congreso.

La demanda del papa y la protesta del Piemonte vienen ahora á modificar la cuestion. Por nuestra parte ya dijimos ayer que, á no haber de tenerse presentes otras consideraciones que en nuestra posición no nos es dado apreciar por completo, el primero de esos dos hechos seria mas poderoso que el segundo para nosotros. Entre su santidad, que reclama la intervencion con urgencia, y el Piemonte, que es solamente un obstáculo entre el papa y la Europa, la estremidad del pontificado es de mas peso que las protestas del gabinete piemonés. Esto no obstante, uno y otro hecho deben ser pesados con reflexion en el juicio de las potencias, y esta es á nuestro modo de ver una nueva faz en que van á entrar las negociaciones.

Repetimos lo que arriba hemos dicho: no tratamos aquí de disentir los principios en virtud de los cuales es concedido por unos diarios y negado por otros el derecho con que la España ha obrado y está obrando en esta ocasion. Cuestion es esta que antes de nuestra aparicion en el periodismo ha sido ya tratada en uno y otro sentido, y que nosotros nos reservamos tratar cuando juzguemos que lo exigen las circunstancias. Lo que por

FOLLETIN DEL PAIS

DEL 7 DE MARZO.

MEMORIAS DE UN MEDICO.

EL COLLAR DE LA REINA.

LAS PREDICCIONES.

PROLOGO.

Un antiguo hidalgo (gentil-homme) y un marqués moderno antiguo.

(Continuacion.)

—Es inútil, dijo tranquilamente Cagliostro; Mr. de Condorcet no la arrojará. —Es cierto que no lo hare, dijo el marques; y no es por ayudar al destino, sino porque Candanis me compuso este veneno, que es el único que hay de su especie; sin duda fue una casualidad; y como puede no repetirse esta casualidad, me veo obligado á no tirarle. Triunfad, señor de Cagliostro. —El destino, dijo este, encuentra siempre á los agentes que le ayudan en la ejecucion de sus irrevocables sentencias. —Así morirá envenenado, dijo el marques; ¡Pues bien! sea. No muere envenenado quien no quiere. Admirable muerte es la que me predices; un poco de veneno en la punta de la lengua y su combio. Esta no es la muerte, es menos la vida, como decimos en álgebra. —No me curo de lo que sufris, señor, respondió friamente Cagliostro. —Hizo una seña que indicaba su deseo de permanecer allí con Mr. de Condorcet. —Señor, dijo entonces el marques de Fabras echándose sobre la mesa para llegar á Cagliostro; he aquí un naufragio, un tiro y un envenenamiento que me dan náuseas. ¿No me hareis el fa-

vor de predicarme tambien alguna muertecita del mismo género? —¡Oh! señor marques, dijo Cagliostro comenzando á animarse á impulsos de la ironía; hariais muy bien en envidiar á estos señores; os lo afirmo á fe de caballero. —¡Muy bien! gritó Mr. de Fabras riendo. Tened cuidado, eso es comprometeros mucho. ¿Mejor que el mar, el fuego y el veneno? eso es muy difícil. —Aun queda la cuerda, señor marques, dijo graciosamente Cagliostro. —¿La cuerda?... ¡oh! ¡oh! ¿qué me decis? —Digoos que seréis ahorcado, respondió Cagliostro con una especie de rabia profética que no le era dado contener. —¡Demonio! ¡ahorado! ¡respiro! la asamblea. —Este señor olvidó que soy caballero, respondió Fabras friamente; y si quiere hablar acaso de un suicidio, le prevengo que me respetaré demasado hasta mi último momento, y que por lo tanto no me servirá de la cuerda mientras que tenga una espada. —No es hablo de un suicidio, caballero. —Entonces hablais de un suplicio. —Sí. —Sís extranjero, y en razon de esto os perdono. —¿Qué? —Vuestra ignorancia. En Francia se decapita á los caballeros. —Nos arreglaremos este negocio con el verdugo, dijo Cagliostro, dejando sorprendido á su interlocutor con esta respuesta. En la asamblea hubo un momento de sorpresa. —¿Sabeis que tiemblo ahora? dijo Mr. de Lanunay; mis predecesores han escogido tan tristemente, que auguro mal de mi si me toca la misma suerte que á ellos. —Entonces sois mas razonable y no queréis conocer lo futuro. Teneis razon; bueno ó malo respetemos el secreto de Dios. —¡Oh! ¡oh! Mr. de Lanunay, dijo Mad. Dubarry; espero que tendreis tanto valor como estos señores.

—Yo lo espero tambien, señora, dijo el gobernador inclinandose. —Después volviéndose hacia Cagliostro: —Veamos, caballero, le dijo; bacedme don de mi horóscopo, pues ha llegado mi vez; os lo suplico. —Es muy fácil complaceros, dijo Cagliostro. Contad con un hazcho en la cabeza, y todo está dicho. —Un grito de espanto resonó en la sala. Los señores de Richelieu y Taverny suplicaron á Cagliostro que no fuese mas lejos; pero la curiosidad femenil lo arrebató. —A creer s verdaderamente, conde, le dijo Mad. Dubarry, el universo entero concluiria de muerte violenta. Aquí estamos ocho, y de los ocho ya cinco han recibido la condena de vos. —¡Oh! comprendeis bien que este es un partido tomado, y que nosotros nos reimos de él, señora, dijo Mr. de Fabras, procurando efectivamente reirse. —Ciertamente que nos reimos, dijo el conde de Haga, ya sea verdaderamente ya sea falso. —¡Oh! pues entonces yo me retiré tambien, dijo Mad. Dubarry, porque no quisiera con mi cobardía hacer deshonor á la asamblea. Pero, ¡ay de mí! yo no soy mas que una mujer, y ni aun tendré el honor de ser colocada en vuestro rango para un desenlace siniestro. Una mujer muere en su lecho; ¡ah! mi muerte de vieja triste y olvidada, será la peor de todas las muertes; ¿no es verdad, señor de Cagliostro? —Y al decir estas palabras temblaba, dando no solo por ellas, sino por su aire, un pretesto al aditivo para que la confirmase en su opinion; pero Cagliostro se guardó de hacerlo. La curiosidad fue mayor aun que la inquietud, y la arrebató tambien. —Veamos, Sr. de Cagliostro, dijo Mad. Dubarry, respondedme. —¿Cómo queréis que os responda, señora, cuando nada me preguntais? La condesa se estremeció. —Pero... dijo ella. —Veamos, añadió Cagliostro; ¿me preguntais ¿sí ó no?.

La condesa hizo un esfuerzo, y después de haber adquirido valor mediante una sonrisa de la asamblea: —¡Pues bien!... si, gritó, me arriesgo á todo; veamos, decid, cómo concurirá Juana de Vaubernier, condesa de Dubarry. —En el cadalso, señora, respondió el funebre profeta. —¿No es verdad que os chanceais, caballero? habuéc la condesa con una mirada suplicante. Pero se habia estimulado á Cagliostro, y el paró su consideracion en esta mirada. —¿Y por qué decis que me chanceo? preguntó. —Porque para subir al cadalso es necesario haber muerto á alguien, haber asesinado, haber cometido, en fin, un crimen, y según todas las probabilidades yo no lo cometeré jamás. ¿No es cierto, pues, que ha sido una chanza lo que habeis dicho? —¡Oh! ¡Dios mío! si, dijo Cagliostro, ha sido una chanza como todo lo que he predicho. La condesa dió entonces una carcajada, que un hábil observador hubiera encontrado demasiado convulsiva para que hubiese podido parecer natural. —Vamos, Sr. de Favras, dijo ella; veamos, encarguemos nuestros carruajes de duelo. —¡Inútiles fueran para vos, condesa, repuso Cagliostro. —¿Por qué, caballero? —Porque ireis al cadalso en una carreta. —¡Oh! ¡qué horror! gritó Mad. Dubarry; ¡viva! ¡viva! Mariscal, otra vez escoged convidados de mejor humor, ó no vuelvo á vuestra casa. —Perdonadme, señora, dijo Cagliostro; pero vos lo habeis querido lo mismo que los demas. —¿Lo mismo que los demas! lo menos me concederéis el tiempo necesario, ¿no es cierto? para escojer un confesor. —Seria trabajo inútil, condesa, contestó Cagliostro. —¿Cómo? —¿El túmo que subirá al cadalso con un confesor, será...? —¿Quién? preguntaron con avidéz todos los concurrentes.

—¿Será el rey de Francia! —Y Cagliostro dijo estas últimas palabras con una voz sorda y de tal manera lígubre, que pasó como un soplo de muerte por los que alli estaban reunidos, y los dejó helados hasta en el fondo de su corazón. —Entonces hubo un silencio de algunos minutos. Durante este silencio, Cagliostro, aproximó sus labios el vaso de agua, en el que habia leido todas estas sangrientas profecías; pero lo hubo llevado á su boca, cuando con un disgusto invencible lo rechazó como hubiera podido hacerlo con el mas amargo cáliz. —Mientras que verificaba este movimiento, los ojos de Cagliostro se fijaron en Taverny. —¡Oh! gritó este, creyendo que aquel iba á hablar; ¡no me digais mi destino! yo no os lo pregunto, caballero. —Yo si os lo pregunto, dijo Richelieu. —Vos, señor mariscal, repuso Cagliostro, vivid tranquilo, porque sois el único de entre nosotros que morirá en su lecho. —El café, señores, dijo el anciano mariscal, encantado de la prediccion. ¡El café! Todos se levantaron. —Pero antes de pasar al salon, el conde de Haga aproximándose á Cagliostro: —Caballero, le dijo; yo no trato de evitarlo; lo que dispone el destino; pero decidme a lo menos lo que debo mirar con desconfianza. —Desconfiad de un manguito, caballero, respondió Cagliostro. —Mr. de Haga se alejó. —¿Y yo? preguntó Condorcet. —De una tortilla. —Bien, renunció á los huevos. —Y fue á reunirse al conde. —¿Y yo? dijo Favras, ¿que es lo que debo temer? —Una carta. —Bien, gracias. —¿Y yo? preguntó de Lanunay. —La toma de la Bastilla. —¡Oh! pues estoy tranquilo. —Y se alejó riendo. (Se continuará.)





